

Alternando con la presentación del desarrollo de este aspecto de la personalidad de Yeats, rastrea Ellmann el interés del poeta por el folklore celta, su actuación pública como creador y propagador de una literatura genuinamente irlandesa, como fundador de asociaciones culturales y como hombre político, y señala hasta qué punto estas actividades patrióticas estaban mezcladas con motivos íntimos, tales como el largo y frustrado amor de Yeats por la líder nacionalista Maud Gonne, y el deseo de crear una religión y una integración nacionales basadas en sus investigaciones ocultistas.

Pone también de manifiesto Ellmann de qué manera influencias contrarias entre sí coadyuvaron a que el desdoblamiento de la personalidad yeatsiana se revelara en el desarrollo de dos estilos: abstracto y preciosista el uno, sencillo y directo el otro. Cómo de ese desdoblamiento surgen egos y anti-egos simbólicos, que Yeats maneja con gran eficacia, lo mismo en la poesía que en el teatro, tales como "Robartes" y "Aherne", "hic" e "ille", "self" y "soul", "face" y "mask", y cómo estas antítesis tienden a resolverse paulatinamente. Asimismo distingue, ilustrándola con clarísimos ejemplos, la peculiar naturaleza del simbolismo yeatsiano, que es escapista en cuanto que encubre —más que revela— la realidad, y en cuanto que suministra procedimientos meramente metafóricos para la resolución de los conflictos que se plantea el poeta.

Son también objeto de atención por parte de Ellmann el singular y peregrino sentido de la historia que tuvo Yeats, el cual lo llevó a predecir el nacimiento de una nueva era, y su actitud aristocrática que lo acercó peligrosamente al fascismo.

En suma, el único defecto que puede achacársele a la obra, es cierta credulidad y complacencia por lo que respecta a no pocas actitudes y extravagancias ideológicas de Yeats. Hecha esta salvedad, el trabajo del profesor Ellmann constituye un auxiliar poderoso para la interpretación de un hombre cuya filosofía no es digna de tomarse en serio como tal, pero sí como andamiaje poético, y cuya rica evolución constituye una de las más interesantes biografías de los últimos tiempos.

MARÍA ENRIQUETA GONZÁLEZ PADILLA

FRANCISCO DE LA MAZA, *Cartas barrocas desde Castilla y Andalucía*, México, UNAM, 1963; 204 pp. + 84 láms.

En 1956 la UNESCO otorgó al autor una beca, gracias a la cual pudieron escribirse estas cartas. En ellas constan las impresiones de un

investigador avezado, recogidas en el transcurso de cinco meses a lo largo de un itinerario pródigo en admirables motivos de comprobación o de sorpresa. Del norte al sur de España, desde Madrid, Toledo y Salamanca, hasta Cádiz y Puerto de Santa María, todas las reliquias del arte barroco esparcidas entre esas ciudades, reflejan en estas páginas, unitariamente, sus muros de alabastro, sus jaspes, sus maderas doradas.

Las primeras cartas proceden de Madrid, "la ciudad más disparatada, arquitectónicamente hablando", que Francisco de la Maza ha visto en Europa; la última carta está fechada en Puerto de Santa María, "el más humilde y oculto del mundo", separado de Cádiz por "un milímetro de mar".

Y así, de Madrid a Toledo, de Toledo a Salamanca y Segovia y León, y de aquí a Sevilla, Écija y Granada, todo es, hasta Jerez y Cádiz, desfile de lo más sobresaliente del Barroco, en autores y obras: en este ámbito reinan los nombres de Pedro Ribera, José de Churriguera, Narciso Tomé, Duque Cornejo, Martínez Montañés; y surgen obras tales como el Transparente de Toledo, paradigma del Barroco, el cual —demostrando que no es "indescribable", como alguien dijo— el autor de estas cartas describe como maestro; el retablo del templo de San Esteban, en Salamanca, donde el Barroco impone sus fueros en un ambiente gótico, al igual que el Retablo de los Reyes en el Ábside de la Catedral de México; el Sagrario de Priego, "la muestra más exhuberante, y a la vez más exquisita, del rococó español", en que todo es blancura, lo cual, según piensa de la Maza, "añade un encanto más en una peregrinación barroca, siempre abierta a las sorpresas".

Y a propósito de sorpresas, he aquí dos, extraordinarias: la de encontrar en Cádiz una obra de Balbás no registrada, y en Puerto de Santa María, un retablo acabado totalmente en plata, en plata mexicana de San Luis Potosí, donada por un don Juan Camacho Gayna, Alcalde Mayor por su Majestad de la Ciudad y Minas de San Luis Potosí; el cual no es otro, según establece Francisco de la Maza, que el primer editor de la *Inundación Castálida de la Única Poetisa, musa décima, Sor Juana Inés de la Cruz*. "En 1685, como Alcalde de San Luis Potosí mandó hacer el retablo", anota el autor al final de la última carta; "en 1689, como Gobernador del Puerto de Santa María, mandó colocarlo en la Prioral".

ALBERTO BONIFAZ NUÑO